

# ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO: UNIDAD NACIONAL Y POLÍTICA DE MASAS EN UN INTELLECTUAL FASCISTA

GONZALO ÁLVAREZ CHILLIDA

Universidad Complutense de Madrid

gachillida@cps.ucm.es

(Recepción: 22/06/2009; Revisión: 31/07/2009; Aceptación: 13/03/2009; Publicación: 12/11/2010)

1. DEL NACIONALISMO REGENERACIONISTA A LA VANGUARDIA.—2. LA CONFESIÓN FASCISTA.—3. LA TAREA DEL INTELLECTUAL FASCISTA.—4. EL FRACASO DE UN FASCISMO DE IZQUIERDAS.—5. UNIDAD NACIONAL, IMPERIO Y ARMONÍA DE CLASES.—6. FASCISMO Y CAPITALISMO.—7. REFLEXIÓN FINAL.—8. BIBLIOGRAFÍA.

## RESUMEN

Partiendo del análisis de los escritos de Giménez Caballero, primer intelectual español que declaró su simpatía por el fascismo, el artículo pretende mostrar que lo que le atrajo del régimen italiano fue su modelo de movilización de masas que, trasladado a España, debería servir para hacer una cuña entre los sectores sociales progresistas, obreros y republicanos, crecientemente movilizados, para poder derrotarlos así con sus mismas armas. También le atrajo la exaltación fascista del imperio, remedio necesario para fortalecer una unidad nacional española que consideraba comprometida. Por otra parte, estos dos objetivos no eran muy diferentes de los perseguidos por los dos principales líderes del primer fascismo español, Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera.

*Palabras clave:* España; fascismo; nacionalismo; política de masas; periodo de entreguerras.

## ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO: NATIONAL UNITY AND MASS POLITICS IN THE WORKS OF A FASCIST INTELLECTUAL

### ABSTRACT

By drawing on the works of Giménez Caballero, the first Spanish intellectual to declare his sympathy for fascism, this article endeavours to demonstrate that what attracted him to the Italian regime was its model of mass mobilization. By transferring the model to Spain, Giménez Caballero hoped that it would create as a wedge between the progressive social sectors, the workers and the republicans, who had become increasingly mobilized, and thereby defeat them with their own weapons. He was also attracted by fascist exaltation of empire as a means of strengthening Spanish national unity, which he considered problematic. On the other hand, these two goals were not very different from those aspired to by the two main leaders of the early Spanish fascist movement, Ramiro Ledesma Ramos and José Antonio Primo de Rivera.

*Key words:* Spain; fascism; nationalism; mass politics; interwar period.

\* \* \*

### 1. DEL NACIONALISMO REGENERACIONISTA A LA VANGUARDIA

Giménez Caballero, primer introductor intelectual del fascismo en España, procedía de una familia de clase media, enriquecida, siendo él niño, gracias al negocio de la imprenta de su padre (1). Tras licenciarse en Filosofía y Letras, en 1921, el desastre de Annual interrumpió su estancia como becario en Estrasburgo, al ser enviado al protectorado, pese a que era soldado de cuota. Allí escribió *Notas marruecas de un soldado*, donde manifiestaba un nacionalismo regeneracionista que se lamentaba de la debilidad exterior de España ante el poderío de Francia y Gran Bretaña, las grandes beneficiadas de la contienda, junto a muchos militares que sólo perseguían su interés personal a costa del sacrificio de «ese anónimo soldado, que lleva... la desgraciada carga de nuestra política internacional». Pero *Notas marruecas*, lejos de oponerse al colonialismo, deploraba que, «desgraciadamente», apenas se sentía ya «la lucha contra el moro», «la más vieja y profunda tradición del guerrero hispano». La débil España era incapaz de alcanzar su imperio en Marruecos y Argelia, ni siquiera de recuperar Gibraltar (2).

Las *Notas marruecas* manifestaban también su actitud elitista, de raíz orteguiana, que derivaba incluso en clasismo de señorito cuando se quejaba de

---

(1) Las obras de Ernesto Giménez Caballero se citan sólo como GC, y sus artículos sólo por el título. *La Gaceta Literaria* se cita por *LGL*. Las páginas citadas deben consultarse por el orden referido. Agradezco vivamente a los profesores Pedro Carlos González Cuevas, Edward Baker y Rafael Cruz sus opiniones y sugerencias tras leer el borrador del texto.

(2) SELVA (2000): 23-38. GC (1983): 185, 173, 29, 32, 174 y 180-181.

la situación de los soldados de cuota como él, «de familias distinguidas, y ellos finos, elegantes», ante la altanería de los oscuros oficiales y sus mujeres: «No permitamos más, que algunos ineptos con galones y estrellas imperen sobre nuestra juventud más delicada y más culta». Aunque también prodigaba elogios a las virtudes del pueblo sencillo (3). El libro manifestaba además su admiración por los líderes de multitudes. Así se refería al fundador de la Legión, Millán Astray: «Aquel hombre sanguíneo, de cuello corto, de rostro violento y mirada algo desequilibrada, con sus arreos bélicos, rodeado de multitud, haciendo gestos plásticos, era todo un espectáculo. Parecía un condotiero antiguo» (4).

Las críticas a la negligencia y corrupción de muchos de los jefes militares, responsables de Annual y de «los mil errores y canalladas que hemos visto», le valieron a Giménez Caballero un consejo de guerra que no hizo sino darle fama, y del que salió absuelto poco después del golpe de Primo de Rivera. Comenzó entonces a colaborar en *El Sol* y *El Liberal*, y luego en la *Revista de Occidente*. De regreso a Estrasburgo conoció a su futura mujer, la hermana del cónsul de la Italia de Mussolini en la ciudad, amiga de la infancia, además, del escritor fascista Curzio Malaparte (5).

Giménez Caballero fundó en 1927 *La Gaceta Literaria*, con la voluntad de enlazar la vanguardia juvenil con la significación cultural de las generaciones del 98 y el 14. Buscaba también abrirse a las culturas peninsulares (publicando textos en catalán, gallego y portugués), a Iberoamérica y al mundo. Con poco eco en América Latina y Portugal, la mayor preocupación de la revista estaría inicialmente en Cataluña y, posteriormente, en el mundo sefardí (6).

Según Ucelay da Cal, entre los financiadores de *La Gaceta Literaria* estaba Cambó, a través de su amigo Joan Estelrich. Con apoyo del rey, Cambó trató de articular una gran plataforma política de cara a la salida de la dictadura, que incluyera en su programa una reforma del régimen monárquico y la autonomía catalana. En *Per la Concordia* (1929), nueva formulación del viejo programa catalanista de Prat de la Riba, Cambó abogaba por la conjunción de las intelectualidades española y catalana en una unidad imperial que promocionara las culturas hispánicas por el mundo. De ahí su apoyo a *La Gaceta Literaria* y su afán de acercar los mundos culturales de Madrid y Barcelona. Pese a que en 1924 había expresado Giménez Caballero su poca simpatía por los catalanes y «su espíritu judaico, de mercader», que hacía «del separatismo un instrumento cotizable y beneficioso» (7).

---

(3) GC (1983): 115, 186, 118-119 y 117.

(4) GC (1983): 54.

(5) SELVA (2000): 112-113, 186 y 53-54. GC (1979): 47.

(6) SELVA (2000): 81-83.

(7) UCELAY (2003): 828-832. El apoyo de Estelrich, en GC (1931): 97. «Las frutas, los vinos y los catalanes», *La Libertad*, 1-4-1924.

Giménez Caballero reflejó la estética vanguardista en sus escritos del periodo de la Dictadura, aunque con contenidos en muchos casos bastante reaccionarios, a decir de Enrique Selva. En *Hércules jugando a los dados* (1928) manifestaba ya su clara apuesta por el cesarismo (poco después declaradamente fascista), opuesto al liberalismo decimonónico y decadente, como un elemento fundamental del mundo juvenil surgido tras la Gran Guerra, junto con el deporte y el cine. Sin embargo, en *Yo, inspector de alcantarillas* (1928) daba a la luz una colección de cuentos de inspiración surrealista, con el subconsciente y la tentación del sexo como protagonistas. Alguno interrelacionaba con atrevimiento la religiosidad y el deseo sexual. En «Infancia de don Juan», por ejemplo, un viejo y odioso jesuita lamenta haberse reprimido ante el modelo de un joven compañero de colegio, juerguista y libertino, que fue expulsado tras masturbarse ante el altar como acto de rebeldía. En esta obra Giménez Caballero reflejaba también sus propios miedos ante la amenaza de la clase obrera. En «Camión, en subconsciencia de urbe» describía la ciudad que ve pasar al atardecer un camión lleno de obreros que vuelven del trabajo: «Racimos de vagas huestes sobre lomos metálicos de ese paquidermo (amenazador) y gris». De pronto «el subconsciente de la urbe» ve una «imagen desdoblada»: «Disparos. Perspectiva Newsy. Impactos sobre el motor hirviendo... Frenesí. Desolación... Manchas de aceite y sangre... Ojos y reivindicaciones... Ametralladoras... Policía. Caballos». Para la ciudad es «Como si un presagio perforara su alma fugazmente». Aunque es sólo un presagio: «Pasan los camiones. Ese camión. Con su granulación proletaria, a horcajadas, en silencio». En el Madrid de 1928 los obreros aún pasaban callados (8).

## 2. LA CONFESIÓN FASCISTA

En 1981 Giménez Caballero afirmó que se había hecho fascista en 1926, durante su viaje de novios a Italia (9). Pero su adhesión pública al fascismo sólo se produciría con motivo de su gira de conferencias por Europa en 1928, cuya crónica fue publicando en *La Gaceta Literaria*, editada posteriormente bajo el título *Circuito imperial* (1929). En su etapa italiana logró ver a Mussolini en el Parlamento, gracias a Malaparte (10). Éste militaba en el ala más revolucionaria del fascismo, descontento en parte con el carácter excesivamente conservador del régimen, lo que le llevaría a alejarse temporalmente del mismo en los años

---

(8) GC (2000). Este ensayo exalta las nuevas tiranías del siglo xx, verdaderas «monarquías naturales», opuestas al «militarismo y la burocracia» de las dictaduras decimonónicas (en clara alusión a la española) y más aún a los regímenes liberales y democráticos. GC (1975): 65-76 y 163-164.

(9) Editorial: (1988): 8. En GC (1979): 53, 64 y 210, el año de la boda queda confuso (entre 1924 y 1926).

(10) GC (1979): 82. Según SAZ (1986): 98, su primera entrevista con el *Duce* fue en octubre de 1930.

treinta. Para Malaparte el fascismo era un movimiento revolucionario nacionalista y violento parejo al bolchevismo ruso, enfrentado como éste al liberalismo noroccidental. Giménez Caballero aprovechará este emparejamiento entre fascismo y bolchevismo para legitimar al primero como algo moderno y revolucionario frente al caduco liberalismo democrático burgués: «Rusia e Italia —dirá—, esas dos hermanas gemelas de la postguerra en Europa» (11). Pero al madrileño lo que le interesaba de la revolución era la retórica, no la sustancia, estando verdaderamente encantado con los aspectos conservadores del régimen de Mussolini. En estos momentos intentaba utilizar su prestigio para atraer al fascismo a sus compañeros de generación, con constantes apelaciones a la juventud, tan centrales, por lo demás, en el discurso fascista.

En su crónica afirmaba haber descubierto en Roma «la matriz de una Castilla mía», «mi lengua, el manantial de mi habla», que le hacía rememorar su infancia, su iglesia, su colegio de monjas. En definitiva, descubría en Roma a su «madre» (frente a «la bastardía arribista de las otras culturas europeas»), la matriz de lo castellano, el «Genio de España» que dirá tres años después, desechando definitivamente el modelo europeo occidental. «Los caminos de Roma conducen a España», diría. Pero también al fascismo: «Cuando el fenómeno fascista irrumpió en mi conciencia, a posteriori de mi reconocimiento entrañable con Roma, me vi perdido. Tenía que admitirlo acriticamente. Como un mandato familiar, como una imperiosa mirada de obediencia» (12).

Roma era un mito central en lo que Emilio Gentile llama la religión política fascista (13). Tanto para el fascismo como para Giménez Caballero, Roma era esencialmente su viejo imperio, donde se había forjado su genio. Aunque podía aludir también a la Roma católica, ligada inicialmente al imperio. En *Trabalenguas sobre España* (1931) afirmaba el madrileño que el bolchevismo de Moscú representaba lo oriental y cristiano, ante el que la aportación del fascismo romano era «catolizar otra vez lo cristiano. Occidentalizar otra vez Oriente. No es otra la significación profunda de fascismo y comunismo». En *Genio de España* (1932) y *La nueva catolicidad* (1933), escritos, como veremos, tras su giro hacia un fascismo derechista, mantuvo esta distinción entre cristianismo y catolicidad, identificada ésta con el genio romano, no exactamente con el catolicismo. Afirmaba que el cristianismo nació como una secta oriental, judía, que sólo se universalizó y encarnó en su genio durante el siglo IV, bajo el imperio romano (14). El mismo Mussolini había afirmado del cristianismo: «Esta religión nació en Palestina, más sólo en Roma se hizo católica». Pese a no ser creyente, el *Duce* sostenía que «El Fascismo respeta al Dios de los ascetas, de los santos,

---

(11) TANNENBAUM (1975): 349 y 364-365. MACCIOCCHI (1978): 10-11 y 105-107. «12.203 kilómetros de literatura: La etapa italiana», *LGL*, 15-8-1928.

(12) Art. cit. GC (1939): 198.

(13) GENTILE (1995): 147.

(14) GC (1931): 39. GC (1933): 107-110. En GC (1927): 51, había comparado cristianismo y comunismo, checas e Inquisición.

de los héroes, y también al Dios como lo ve y ante quien ruega el corazón ingenuo y primitivo del pueblo». En su primer discurso parlamentario en 1921 había llegado a decir: «Afirmo que la tradición latina e imperial de Roma está representada hoy por el catolicismo», aunque era con el fascismo con el que aquélla culminaba, al proyectar hacia el futuro un pasado de grandeza y poder. Giménez Caballero compartía esta identificación entre romanidad y fascismo, aunque a partir de 1932 manejará constantemente términos susceptibles de interpretarse tanto desde la religión católica como desde la ideología fascista. Por otra parte, en un artículo de 1931 daba a entender claramente su inasistencia habitual a la iglesia, cuyo maravilloso rito había vivido «en la niñez». Al acudir con dos sefardíes a la catedral de San Isidro, donde había sido bautizado, se sentía como el «hijo más pródigo y antifamiliar» que se llena de ternura al reencontrarse con su madre. Giménez Caballero veía en el catolicismo, sobre todo, una clara manifestación de su españolidad: «mi religación a un pasado histórico, a una raza, a un credo, a una familia espiritual». Veía también la «Transcendencia» que «movilizó genialmente» a España en su época imperial, fusionando «la voluntad individual en la voluntad total de lo trascendente» (15).

En *La nueva catolicidad* mantuvo diferenciados el genio romano y el catolicismo al afirmar que la Iglesia se había alejado del primero a partir del siglo XVII, entrando en decadencia al intentar pactar con la modernidad (herejías, revolución). Con lo que era el fascismo el que recuperaba la catolicidad, el genio de Roma. Pero no había contradicción entre fascismo y catolicismo, diría a sus lectores conservadores, porque Mussolini era «el hombre providencial», y «La Iglesia comienza a ver en el Fascismo su nueva salvación». El fascismo italiano, había dicho en *Genio de España*, encarnaba el genio romano, que es el de Cristo, con lo que se trataba de un fascismo cristiano, a diferencia del alemán, racista y pagano. En todo caso, sólo con la Guerra Civil culminó Giménez Caballero la plena identificación entre catolicidad fascista y catolicismo (16).

En la visión del fascismo que expresa *Circuito imperial* nos interesa destacar no sólo su carácter revolucionario y juvenil, como el bolchevismo, sino sobre todo su populismo: «El fascismo es popular y movimiento de pueblo, de masa en Italia, porque su jefe es masa y pueblo. Pero no en el sentido vulgar del primate que se avulgara para ganar simpatías, sino el del que se aristocratiza a fuerza de jugo democrático». Mussolini atraía a los obreros por haber sido «albañil y emigrante, y labrador, y socialista, y hampón» como ellos, logrando así aquello que Ortega y Gasset buscaba en España en vano: una aristocracia capaz de arrastrar a las masas en pos de proyectos comunes, imperialistas en este caso.

(15) MUSSOLINI (1940): 191, 192 y 188. GENTILE (1995): 148-152. «Judaísmo, Catolicismo, Laicismo», *LGL*, 1-10-1931; la transcendencia, en «El fascismo en España», *LGL* 15-1-1932.

(16) GC (1933): 116-120. GC (1939): 111; en nota de 1939, p. 211, dice: «así como para la Italia fascista su alto ideal está en el Cesarismo de la Roma clásica. Y para el Nazismo reside en un mito de raza —nuestra suprema aspiración estará en conseguir que Falangismo quiera decir: Catolicismo—».

El fascismo forjaba masas aristofílicas en vez de aristofóbicas. Y esto es, en mi opinión, el aspecto del régimen italiano que más atrajo a Giménez Caballero. En comparación con él, la dictadura de Primo de Rivera no era sino un caduco régimen burgués y liberal que decía no interesarle, aunque, proclamada la república, la presentó con tonos sumamente positivos, como restauradora del orden, cumplidora del programa de Costa y defensora de la unidad nacional (17).

En octubre de 1931 escribía el madrileño:

«La masa sólo es libre cuando alguien la esclaviza. No hay peor tormento para la masa que entregarla la libertad (...) Yo no he visitado Rusia. Pero conozco Italia. Y he visto ‘la alegría de la masa’, con su libertad conquistada en su tirano. La libertad política de la masa es una forma de amor que sólo se siente satisfecha, ‘libre’, como cuando se siente la mujer enamorada, al ser poseída» (18).

Poco después comparaba jesuitismo y leninismo afirmando que ambos buscaban la «liberación por medio del despotismo», y añadía que las masas sólo son felices mediante «la obediencia ciega». En 1932 insistía: «Las gentes —suele reiterar Unamuno— quieren ser siempre ovejas, pero no pastor. Las masas postularán siempre —con sus balidos desesperados— el cayado del Pastor. Del guía». Y en *Genio de España* diría también que el genio romano del fascismo superaba el cesarismo capitalista de los banqueros judaicos mediante «un Héroe... conductor de tropas y milicias, de masas encuadradas en falanges entusiastas» (19).

Según Alastair Hamilton, el fascismo ofreció a muchos intelectuales diferentes atractivos en el convulso periodo de entreguerras. En primer lugar, una alternativa regeneradora a lo que, siguiendo a Spengler, se percibía como una verdadera crisis de la civilización liberal occidental, pero mucho más conservadora que la bolchevique. Por otra parte, al conciliar el culto al héroe y a unas nuevas jerarquías con el movimiento de masas, permitía reconocer el mérito individual y valorar al intelectual sin aislarle de aquéllas (20). Ésta era una buena solución para un elitista de la vanguardia como Giménez Caballero, que ya había expresado en *Yo, inspector de alcantarillas* su horror ante la perspectiva de una revolución obrera.

Un último problema con el que se enfrentaba Giménez Caballero en esta su primera confesión fascista era la adaptación a España de un movimiento italiano. Para ello comparaba al *duce* con Cisneros y afirmaba que Unamuno, Ortega, Baroja y Gómez de la Serna eran «nuestros valores fascistas». Aunque también afirmaba que «Para España, por ejemplo, el fascismo resultaría casi tan extranjero como el liberalismo», al ser una fórmula para Italia lo mismo que el bolchevismo lo era para Rusia y el liberalismo para Francia y Gran Bretaña. Pero

---

(17) «12.203 kilómetros...» GC (1931): 308 y 310.

(18) «Oda, indecible, a la libertad», *LGL*, 1-10-1931.

(19) «Loyola y Lenin», *LGL*, 15-1-1932. GC (1975b): 55. GC (1939): 186.

(20) HAMILTON (1973): 12-15.

añadía: «El pueblo que no encuentra en sí su propia fórmula de fascismo es un pueblo influido, sin carácter y sin médula» (21). En esta búsqueda se afanaría a partir de entonces con entusiasmo.

La manifestación de su ideología fascista se hizo mucho más evidente aún cuando publicó en *La Gaceta Literaria*, en febrero de 1929, su «Carta a un compañero de la joven España», prólogo a un libro de Malaparte. Aquí trataba más abiertamente de españolizar el fascismo, comparando el *strapaesatismo* del escritor italiano con el casticismo de Unamuno, y apelando nuevamente a Ortega, Baroja o Azorín como fuentes del fascio español. Su modelo estaba en la España de los Reyes Católicos, cuyo símbolo sería recogido dos años después por las JONS: «Nudo y haz, Fascio: haz. O sea, nuestro siglo xv, el emblema de nuestros católicos y españoles reyes, la reunión de todos nuestros haces hispánicos, sin mezclas de Austrias ni Borbones, de Alemanias, Inglaterras ni Francias». Los rechazos que cosechó este artículo le obligaron a aclarar poco después que lo había escrito a título individual, sin pretender comprometer el carácter literario e independiente de la revista. Pocos de sus compañeros de generación seguirían sus pasos. La gran mayoría estaba virando hacia la república, cuando no hacia el obrerismo revolucionario (22).

El mismo 1929, año de la movilización juvenil contra la Dictadura, la manifestación fascista de Giménez Caballero comenzó a aislarle, y *La Gaceta Literaria*, que procuraba mantenerse en el terreno de la cultura, perdió difusión. En septiembre de ese año Giménez Caballero se la vendió a la editorial CIAP, propiedad del presidente de la Comunidad Israelita de Madrid y antiguo senador liberal, Ignacio Bauer. Fue entonces cuando la revista acentuó su interés por el mundo sefardí. Ese mismo mes Giménez Caballero inició el primero de sus dos viajes a los Balcanes para visitar las comunidades sefardíes. La presencia de éstas por todo el ámbito mediterráneo era para él una posibilidad más de expansión del imperialismo cultural y de la consiguiente influencia económica y política de España, como de hecho venía postulando el filosefardismo español desde las campañas regeneracionistas del doctor Pulido a comienzos del siglo xx. Lo que no le impedía mantener y expresar ocasionalmente sus ideas claramente antisemitas (23).

### 3. LA TAREA DEL INTELLECTUAL FASCISTA

Influido quizás por el *strapaesatismo* de Malaparte, radicalmente opuesto al futurismo, a Giménez Caballero la vanguardia le iba a parecer ahora «exal-

(21) «12.203 kilómetros...» También «¿Comunidad o masonería?», *LGL*, 1-9-1928.

(22) «Carta a un compañero de la joven España» y «Precisiones», *LGL*, 15-2 y 1-4-1929. TUSSEL y QUEIPO DE LLANO (1990): 16-17 y 59-74.

(23) SELVA (2000): 134-136. ÁLVAREZ CHILLIDA (2002): 272-273. El poder mundial e invisible de los judíos y su triunfo en 1945 es un tema recurrente en GC (1979): 16-18, 44, 52, 64, 289 y 297.

tación yanqui y judía» (24). Incluso pasaría a criticar con dureza el mismo surrealismo que había inspirado varios de sus escritos, y que aún usaría en 1931 para interpretar el triunfo de la república como la rebelión contra el *Urvater* (Primo de Rivera), siguiendo a Freud en *Tótem y tabú*, que ya había comentado con elogio en *Carteles* (1927). Pero en 1930 había tachado el surrealismo de antinacional y pro comunista, manejado por el capital judío para propiciar la disolución de los pilares de la sociedad burguesa (familia, religión, Estado) (25).

Fuera de la vanguardia, Giménez Caballero se convertiría en un escritor comprometido con la causa del fascismo, a la que sirvió más con la pluma que desde la actividad militante, aunque perteneciera durante periodos no largos a los grupos de Ledesma Ramos y de José Antonio Primo de Rivera. En su calidad de intelectual aspiraba a alumbrar el movimiento y a su líder. Pero ambos dirigentes y sus partidos defraudaron sus esperanzas a la hora de arrastrar a las masas populares tras un líder de origen izquierdista. La nación, el imperio y la retórica revolucionaria debían repetir el milagro de las masas desfilando ante el *Duce* de Roma, bajo un sistema político antiliberal y autoritario, pero defensor de la propiedad capitalista. Y ello urgía en una España que, desde 1930, estaba viendo a los trabajadores cada vez más movilizados bajo las banderas de la izquierda revolucionaria.

Giménez Caballero no fue el tipo de intelectual que sucumbe «a la seducción de la idea» y se compromete en favor de un cambio político y social radical, como tantos otros de su época (26). Profundamente antidemócrata y elitista, como los fascistas italianos, que seguían a Le Bon, Sorel o Pareto, entendía el proceso de democratización iniciado a finales del siglo XIX como la emergencia de «las masas», protagonistas indiscutibles de la vida política y social, a las que había que dirigir apelando a sus emociones (27). Giménez Caballero era plenamente consciente de que su discurso no era un instrumento racional de análisis y crítica, sino una manipulación deliberada de mitos (como nación, imperio, líder, genio) que buscaba conducir a «élites» y «masas» hacia la construcción de un fascismo español capaz de conquistar el Estado y posteriormente el imperio. Su irracionalismo confeso, extremado, no expresaba muchas veces sentidas convicciones sino su habilidad para representar la realidad a través de imágenes y mitos, en ocasiones ocurrentes y no pocas veces verdaderamente delirantes. En una carta a Ricardo Urgoiti llegó incluso a reconocer su histrionismo: «El papel de bailarín del circo me gusta hacerlo cuando redundo en beneficio de una idea superior, pues no temo al ridículo» (28).

---

(24) GC (1931): 70. MACCIOCCHI (1978): 27-28.

(25) GC (1975b): 31-38. GECÉ (1927): 161. SELVA (2000): 147-148.

(26) LILLA (2004): 183.

(27) GENTILE (2004): 181-182, 232, 236 y 341-342.

(28) CARBAJOSA y CARBAJOSA (2003): 83-84 y 222-223. ALBERT (2003): 43. La carta a Urgoiti en «Muerte y resurrección del Cineclub», *LGL*, 15-1-1931.

En 1932 se definiría como poeta que canta «a los Héroe y las Masas». Y en octubre de 1934, tras la revolución asturiana, escribía en *Informaciones*:

«En el fascismo se desprecia al *intelectual* como puro intelectual, como hombre de problemas que jamás resuelve, sino envenena. En el fascismo no hay más que *místicos, predicadores, profetas*. Si yo detesto la palabra *intelectual* es a condición de colocar el intelecto —instrumentalmente— al servicio de lo místico, de la intuición, de la voluntad. ¡Basta ya de gestos falsos en eso de la misión de los *intelectuales*! Si tienen misión, ¡sean *misioneros*! Y para su misión se sirvan del intelecto, de los puños, de los dientes y de toda su alma. ¡Basta de farsas!» (29).

Giménez Caballero deseaba ser el profeta y el místico del fascismo español. Misionero, pero sólo con la pluma. Cuando en la Falange se planteó hacer misión con los puños y las pistolas, no dudó en degradarse a mero juglar, reconociendo implícitamente su cobardía: «Yo soy un pobre cantor ambulante de heroísmos y de fe. No me pidáis más de lo que siempre se pidió al juglar que anima a la batalla o al fraile que enseña la cruz y enciende el corazón de los cruzados» (30).

Ya en 1928 Giménez Caballero había explicado cómo en Italia se había impuesto «la disciplina de la inteligencia. Vallas a la inspiración. Selección de temas a expresar», lo que suponía integrar al intelectual en una «nueva Iglesia, en un nuevo dogma», fuera del cual sólo esperaba «la Hoguera». Esta defensa del dogmatismo cultural fascista no le impedía, sin embargo, quejarse de la política cultural azañista, supuestamente autoritaria, que pretendía imponer los antinacionales «ideales ginebrinos». Así, a los intelectuales no afines ni enchufados como él, «se les regatean periódicos, se les impide la formación o continuidad de revistas literarias» (31).

Por último, y como tantos otros publicistas e intelectuales, algunas de las campañas emprendidas por Giménez Caballero no carecieron de componente venal. Su acercamiento a Cataluña, hemos visto, obedecía al generoso impulso de Cambó. Su filosefardismo recibía alientos de Ignacio Bauer. Cuando llegó la república intentó congraciarse con las nuevas autoridades, que financiaron su segunda visita a los Balcanes, aunque luego fue excluido de un proyecto oficial de Cinema Educativo. En los primeros meses multiplicó sus declaraciones de republicanismo y exhibió sus servicios a la cultura española y a los intelectuales del 14 de abril, quienes, a diferencia de él, habían obtenido prebendas del nuevo régimen. Pese a ello —se lamentaba— sus antiguos amigos le abandonaban y las nuevas autoridades permitían la ruina de su empresa cultural. De sobra sabía que la causa estaba en su deriva fascista. De ahí también su afán por definir a Azaña y a los líderes e intelectuales republicanos

(29) GC (1975b): 22. SELVA (2000): 248.

(30) SELVA (2000): 254. Selva interpreta la cita como pusilanimidad ante la violencia ofensiva en vez de cobardía.

(31) «Final de la etapa italiana», *LGL*, 41 (1-9-1928). GC (1975b): 173-174.

como fascistas vergonzantes. Él pagaba así por su sinceridad: «¡Si yo fuese jesuita, solapado fascista republicano! ¡A estas alturas la República me tendría en su Embajada de Roma!» (32).

Posteriormente se acercó a Juan March, colaborando en su diario *Informaciones*. Fue March quien financió su candidatura al Congreso en 1936. Y siempre apareció muy vinculado a la Italia fascista, en cuya prensa publicó regularmente y con cuya embajada en Madrid mantuvo estrechas relaciones, recibiendo de ella, según parece, un sueldo durante varios años, además de la financiación de la edición de *La nueva catolicidad* y el encargo de dirigir en España esa especie de internacional fascista que fueron los Comités de Acción para la Universalidad de Roma (CAUR). Giménez Caballero actuaba así como un verdadero agente de Italia, y en 1937 llegó a entrevistarse con Mussolini a espaldas de Franco, al que, por otra parte, no cesó de adular desde su llegada a Salamanca en noviembre de 1936, obteniendo, no obstante, magros beneficios personales (33).

#### 4. EL FRACASO DE UN FASCISMO DE IZQUIERDAS

Abundando en la dimensión revolucionaria del fascismo, en diciembre de 1929 Giménez Caballero anticipó la definición que adoptaría después su compañero Ledesma Ramos. Alejado ya de su viejo maestro, Ortega y Gasset, escribía entonces contra el elitismo intelectual:

«todos tenemos aún el culto al hombre selecto de la etapa burguesa y todos ansiamos ser selectos... Y sentimos el encogimiento pudibundo ante la violencia. El horror a la acción directa. La desconfianza ante fuerzas sociales en nuevas jerarquías. La incompreensión ante ese magnífico fenómeno del mundo social nuevo que se llama *sindicalismo*. O sea la *conquista del Estado por la violencia disciplinada*. La conquista del Estado por el Hombre-Masa, que quizás no es tan masa, y seguramente es mucho más hombre que los de otras épocas históricas» (34).

Dos años después llegaría a definirse como «anarcosindicalista», exaltando el carácter popular del anarquismo español y la chulería castiza de sus pistoleros, aunque agregando que le faltaba «un sentido de la *tradición...*, de *españolidad*». Intentaba conducir así a los obreros cenetistas hacia el fascismo, subrayando en éste sus orígenes sindicalistas y anarquistas. Frente a la república plutocrática, defendía «el Sindicato de tipo estatal, nacional, a que hoy aspiran

(32) GC (1931): 353, y «Muerte y resurrección...», *LGL*, 15-1-1932, nos hablan del Cine-  
ma educativo y el cierre del Cineclub. La embajada, en «El fascismo en España», 15-1-1932. En  
el mismo número: «Los anteojos», «La feria de los discursos» y «Cancioncita republicana».

(33) SAZ (1986): 89, 97-98, 106-107 y 127. La financiación de March, en GC (1979): 76.  
El sueldo y la entrevista secreta, en HEIBERG y ROS AGUDO (2006): 115. CARBAJOSA y CARBAJOSA  
(2003): 193 y 222, nos informan de que Giménez Caballero confesó haber aspirado a ser ministro,  
pero su egolatría arruinó su ambición.

(34) «Mi regreso a España», *LGL*, 15-12-1929.

todos los países jóvenes del mundo, el Sindicato controlado férreamente por un Estado sindicalista» (35).

Otro sector de la izquierda que Giménez Caballero quiso atraer hacia el fascismo fue el movimiento universitario. En marzo de 1930 dirigió un artículo de *La Gaceta Literaria* a Antonio María Sbert, su líder catalán. En él llamaba a los estudiantes a dirigir a las masas hacia la revolución, uniéndose al proletariado emergente, pero sin olvidarse de que «como clase somos y sois burgueses». Ya con la república mostraría su desengaño con Sbert, al que había creído «un líder pasional» y «un condotiero», resultando ser «un enamorado de la democracia parlamentaria». La FUE perdía por ello sus apoyos, ya que los estudiantes, aseguraba, estaban evolucionando hacia el fascismo (36).

Antes del 14 de abril Giménez mantenía su apuesta por el imperio cambiano como solución para la unidad de España, perfectamente concorde con su ideología fascista. De hecho, lo que en ocasiones parecía mero imperio cultural, en otras tenía un claro tinte político y territorial. En «Castellanos y catalanes», un artículo de marzo de 1930, tras un viaje de intelectuales castellanos a Barcelona que organizó junto a Estelrich, llamaba a los catalanes a abandonar su particularismo para, unidos a Castilla, lanzarse al «planteamiento y la solución de los otros problemas peninsulares: Portugal Gibraltar, territorios d'Oc, Marruecos, política mediterránea y balcánica, minorías étnicas como los judíos de patria española, política hispanoamericana». Pero también dejaba bien claros los límites de su filocatalanismo al afirmar que, tras el reciente abrazo dado a Cataluña, lo siguiente sería o un nuevo abrazo o el fusil, según si Cataluña adoptaba o no «una franca y abnegada decisión de superespañolidad para reconquistar a la cultura hispánica la tensión heroica y grande que ha perdido». En diciembre de ese año publicaba otro artículo en *La Gaceta Literaria*, reproducido después en la *Revista de Catalunya* con una dedicatoria a Cambó, en el que sostenía que el conflicto entre Castilla y Cataluña se había producido cuando ambas se habían encerrado en sí mismas. Sólo en la ambición imperial conjunta sería posible la concordia que defendía el líder *lligaire* (37).

Pero el 14 de abril se hundió la Lliga y Giménez Caballero tuvo que reorientar precipitadamente su «filocatalanismo» hacia la nueva estrella emergente, Francesc Macià, que con su resonante éxito electoral había demostrado su capacidad de arrastre popular tras una bandera nacionalista, aunque fuera la *senyera*. Giménez Caballero no desistió pues de su sueño de ver a Cataluña plena-

---

(35) *La conquista dello Stato* era el título de una revista que había dirigido Malaparte: MACCIOCCHI (1978): 105. BÉCARUD y LÓPEZ CAMPILLO (1978): 72. «¿Qué pasa en Cataluña?», *LGL*, 15-8-1931; en «Tres defensas nacionales», *LGL*, 1-11-1931, defiende la chulería del pistolero anarquista; en «El paseante en Cortes», *LGL*, 1-12-1931, el Estado sindicalista; en «El Anarquismo y España», *LGL*, 15-2-1932, resalta los orígenes anarquistas del fascismo.

(36) SELVA (2000): 150. MAINER (1983): 250. «En torno al Congreso de la F.U.E.» y «El fascismo en España», *LGL*, 1-12-1931 y 15-1-1932.

(37) En GC (1931): 104 y UCÉLAY (2003): 833-834.

mente integrada dentro de una España imperial y fascista. El problema era que en Barcelona muchos no olvidaban su profesión camboniana de la víspera, y que en la Esquerra no le necesitaban para nada. La república era el vínculo que unía ahora a Cataluña con España, al margen de los imperios (38).

Pese a ello Giménez Caballero ensalzó la figura del *Avi*, «el único héroe y el único revolucionario en esta falsa revolución republicana», capaz de crear «con su espíritu audaz y oportuno todo un sentir unánime». Al asistir junto a tres amigos catalanistas a una manifestación de recibimiento a Macià en Barcelona, vio por todas partes signos fascistas: «haces de juventudes», «clamor unánime» de la masa, convertida en una «unidad multicéfala» que gritaba: «¡*Avi! ¡Avi!* El *Avi* saludaba y sonreía, tal que un Mussolini vestido de Gandhi (*¡Duce, Duce, Mahatma, Mahatma!*)». Como el italiano, Macià enardecía «la cohesión de todo un pueblo en marcha». Sus amigos le dirían que era el *duce* catalán, aunque se cuidaran de afirmarlo en público. Descubría ahora que el iberismo de Cambó y su «Imperio confederativo» había sido una maniobra para borrar la palabra España y desagregar a Cataluña, equiparada a un segundo Portugal. Agradecía a Macià haber acabado con ella. Pese a todo, y pese a reconocer el segregacionismo catalanista, que había impulsado el pacto de San Sebastián para deshacer España privándola de los elementos que la cohesionaban (monarquía, catolicismo, militarismo, aristocracia latifundista y unidad de idioma), aún tenía esperanza en el programa esquerrano de «¡Liberación de los pueblos ibéricos!». «Cataluña ha encontrado su voluntad de ser, su *imperialismo ibérico*, en la *guerra de libertad de España*». Una Cataluña «sovietfascista» que salvase a España y se salvase a sí misma (39).

Pero esta vía catalana hacia el fascismo español resultó también una vía muerta. Ya en diciembre de 1931 confesaba haberse llevado con Macià el mismo chasco que con Sbert. Y en *Genio de España* descubría que la idea de formar una entente ibérica luso-castellano-catalana era un viejo plan del enemigo francés, destinado a desarmar a Castilla para desmembrar España. Hay que tener en cuenta, además, que la Italia fascista también había contemplado la posibilidad de un fascismo catalán que desde allí se extendiera luego por España, a similitud de la cuna lombarda del movimiento de Mussolini. Y aunque el Gobierno de Roma no deseaba una España disgregada o excesivamente debilitada ante Francia, no dejaba de cultivar la posibilidad de una Cataluña independiente fascistizada a partir de algunos de los elementos más radicales del catalanismo, cosa que, evidentemente, no encajaba en absoluto en los proyectos de Giménez Caballero (40).

Su último intento para fascistizar la república fue el libro *Manuel Azaña (Profecías españolas)* (1932), en el que explicaba el encumbramiento del polí-

---

(38) UCELAY (2003) 834-835.

(39) «¿Qué pasa en Cataluña?» y «La República Española como asunto catalán», *LGL*, 15-8 y 1-10-1931.

(40) UCELAY (2003): 837-841. «En torno al Congreso...». GC (1939): 151-157. La actitud de Italia, en SAZ (1986): 53-56. Sobre el catalanismo filofascista, NÚÑEZ SEIXAS (1992).

tico alcalaíno por su carácter de «español católico, tradicional e intolerante» bajo la capa del «más eximio republicano liberal del momento». Porque las masas republicanas, como todas las masas, tras su ansia de libertad estaban subconscientemente «ansiosas de guía, de doctor, de salvador, de cayado de mastín». «En Manuel Azaña apunta sencillamente: un Hombre, un Jefe», al que animaba a perseverar en el camino de «integrar las últimas rencillas de tribu... con justicia santa y severa», desembocando en un régimen de partido único plenamente nacional, que realizase también, como ya hizo Mussolini, el «encauzamiento socialista a formas nacionales y tradicionales». Porque también se dirigía el libro hacia los líderes socialistas Prieto y Largo Caballero. De éste decía: «Si Largo Caballero intenta la «reconquista de los valores espirituales y nacionales» de nuestro país, convertiría su socialismo frío y neutro en esa nueva fuerza magnífica que empieza a arder por los cuatro costados del mundo. Se salvaría y salvaría a España» (41). Anteriormente había afirmado de él que «de todos los políticos actuales es el que más simpatía me inspira», pues le veía «nacionalizar lo socialista en España». También había comparado sus jurados mixtos con las corporaciones fascistas (42).

El *Manuel Azaña* de Giménez Caballero combinaba una crítica a veces dura a su labor de gobierno, con una invitación a que nacionalizase y fascitizase plenamente su autoritarismo. Pero nuestro escritor volvió a fracasar en su es-trambótica empresa de hacer del dirigente republicano el nuevo *duce* español. Empresa que coincidía con las esperanzas puestas en Azaña por la embajada fascista y por los corresponsales de prensa italianos destacados en España (43).

Con su cosecha de fracasos, el otrora animador de la vanguardia se fue quedando cada vez más solo. En vísperas de la república Giménez Caballero se sumaría al grupo liderado por Ledesma en torno a *La Conquista del Estado*, en cuyo primer número colaboró con un artículo titulado significativamente «Comprensión italiana de Lenin». Pero tanto él como Ledesma fracasaron a la hora de atraer a sus filas a figuras de la talla de Ortega o Unamuno. Un pronto enfrentamiento con su amigo le obligó a seguir en solitario sus campañas catalanas y azañistas. El zamorano coincidía con Giménez Caballero en sus llamamientos a la CNT y a otros sectores de la izquierda revolucionaria, denunciando también la traición de las esperanzas populares por el nuevo Gobierno. Pero discrepaba de su filocatalanismo, y frente al estatuto catalán levantó la bandera de la unidad nacional amenazada, intentado propiciar una movilización nacionalista que resquebrajara la coalición gobernante (44).

(41) GC (1975b): 57, 56, 59-60, 194 y 102-103.

(42) «Para «El Socialista»», *LGL*, 1-12-1931. Los jurados mixtos, en «El fascismo y España», *LGL*, 15-1-1932, y en GC (1939): 185.

(43) SAZ (1986): 46.

(44) TUSELL y QUEIPO DE LLANO (1990): 89-91. GALLEG0 (2005): 68-77, 83-89 y 116-117. GALLEG0 (2005b): 387-399. El enfrentamiento, en «Los anteojos» y «Arte», *LGL*, 15-8-1931 y 15-1-1932.

Ledesma debía de desaprobar también los iniciales gestos de su amigo para intentar congraciarse con los nuevos gobernantes. Gestos que no impidieron que terminara quedándose solo con su revista. A partir de agosto de 1931 seis de sus últimos números fueron redactados por Giménez Caballero en su totalidad bajo el rótulo de *El Robinsón literario de España (o la República de las letras)* (45).

Con *Genio de España* Giménez Caballero inició la nueva tarea de generar el fascismo español desde las derechas conservadoras. Si aún apelaba a anarcosindicalistas y pistoleros, para que nacionalizasen su lucha antiparlamentaria, apelaba también ahora a los tradicionalistas, resueltamente enfrentados a la república; y aunque incluía un llamamiento a radicales y socialistas rebeldes y nacionales, invitaba muy especialmente a católicos, aristócratas, burgueses y militares a que abandonaran su conformismo resignado y antiheroico frente a la república (46).

Ramiro Ledesma también había virado hacia la derecha en otoño de 1931, dulcificando su retórica izquierdista y uniéndose con el católico Onésimo Redondo en las JONS. Trataba de obtener así el apoyo de la derecha antirrepublicana, aunque sin dejar de buscar una amplia base popular, tal como había hecho Mussolini en su camino hacia el poder y estaba haciendo entonces Hitler en Alemania (47).

Contando con apoyo monárquico (y el de la embajada italiana), Giménez Caballero participó, junto a Ledesma y José Antonio Primo de Rivera, en el intento de relanzar el fascismo español a partir de la revista *El Fascio*, cuyo único número fue secuestrado por el Gobierno en marzo de 1933. En el otoño de ese año intentó sin éxito que Gil Robles le incorporara a la candidatura derechista por Murcia. Sus relaciones con la Falange de Primo de Rivera comenzaron siendo difíciles desde que éste le sustituyera como orador por García Valdecasas en el acto fundacional del partido, en octubre de 1933. Pese a ello, comenzó a colaborar asiduamente en su órgano *F.E.*, y como miembro de la Junta Nacional de las JONS apoyó su fusión con la Falange en febrero de 1934. Pero el evidente fracaso de la nueva formación a la hora de movilizar a las masas, y las malas relaciones con su líder, terminaron por apartarle a comienzos de 1935. Desencantado de las posibilidades del fascismo español, se pasó a la derecha, intentando fascistizarla en lo posible. Así, condujo sus pasos hacia el grupo monárquico de *Acción Española* y hacia el mundo de los pequeños y medianos patronos madrileños, con los que fundaría el Partido Económico Patronal Español (PEPE), que le permitiría ir como candidato por Madrid en las

---

(45) MAINER (1988): 44. SELVA (2000): 165-167.

(46) GC (1939): 212-216 y 239-243. SELVA (2000) explica en profundidad el giro derechista de Giménez Caballero.

(47) GALLEGO (2005): 100-101, 106-114, 119-121, 151-159 y 300-304. GALLEGO (2005b): 395-403.

listas de la derecha en las elecciones de febrero de 1936, aunque sin obtener escaño. En esta aventura política Giménez iba de la mano de uno de los líderes de la patronal de la construcción, Sánchez Castillo, que procedía del republicanismo de izquierda. Para justificar su nueva militancia nuestro escritor diría que, en ausencia de Estado totalitario superador de la lucha de clases, los patronos tenían que defenderse directamente, ya que los Gobiernos de radicales y cedistas les mantenían indefensos (48).

Tras el triunfo del Frente Popular, Giménez Caballero volvió a acercarse a la Falange, reconciliándose con su jefe. La sublevación militar le sorprendió en Madrid, donde logrará esconderse durante tres meses, hasta alcanzar la zona franquista en noviembre de 1936, tras pasar por Italia y entrevistarse con el *Duce*. Marginado en la Falange, apostó decididamente por su unificación con el tradicionalismo bajo el poder absoluto de Franco, en abril de 1937, tal como había acordado con el propio Mussolini anteriormente (49).

## 5. UNIDAD NACIONAL, IMPERIO Y ARMONÍA DE CLASES

Ya en *Notas marruecas* expresaba Giménez Caballero su honda preocupación por la unidad nacional española que, como buen discípulo de Ortega y Gasset, sólo veía posible a partir de un proyecto colectivo, como podía haber sido la empresa colonial. En este sentido se dirigía a los jóvenes excombatientes:

«Unámonos otra vez en algo, compañeros vascos, catalanes, gallegos, asturianos, andaluces y nosotros castellanos, todos éstos que hemos respondido aún al nombre de españoles y nos hemos mirado como hermanos todavía. Si nos entregamos otra vez a la fatalidad perdiendo la esperanza de otra empresa común y nacional, particularizándonos en nuestras regiones, es posible, seguro, que esa fatalidad nos ponga mañana unos frente a otros mirándonos hostilmente, sin que España,... sea ya capaz de reunirnos al conjuro de su nombre respetable» (50).

La unidad nacional y la lucha de clases serían las principales preocupaciones de Giménez Caballero en toda su trayectoria intelectual. Y ambas le conducían al imperio.

Como Ortega, Giménez Caballero era plenamente consciente de la diversidad territorial de España, cuyo verdadero centro era Castilla, definida por él como «cerebro de la Península» y «organización central de nervios distribuidores de voluntad y energía» (51).

---

(48) *El Fascio* y las elecciones, en SELVA (2000): 235-244, y SAZ (1986): 106-108. La unificación de FE y JONS, en GALLEGO (2005): 206-208. El PEPE, en CABRERA (1983): 245-246 y 262-263, y SELVA (2000): 246-272.

(49) GC (1938) y GC (1939b). Con Mussolini, en HEIBERG y ROS AGUDO (2006): 115.

(50) SELVA (2000): 48, que cita la edición original, luego modificada en este párrafo.

(51) GC (1981): 38.

Hasta el siglo XVIII la unidad política española había descansado en la institución monárquica y en la identidad popular cristiano-vieja, sostenida por la Iglesia, la Inquisición y los estatutos de limpieza de sangre. De este modo, sobre las identidades locales, con su multiplicidad de lenguas y dialectos, integradas en los diferentes reinos, se fue forjando una identidad española, aún no nacional (52). Las Cortes de Cádiz intentaron fundar la unidad sobre un concepto de nación soberana entendida como «la reunión de todos los españoles» (art. 1 de la Constitución de 1812), es decir, compuesta de «individuos» sujetos de «libertad civil» y derechos (art. 4). Los distintos reinos quedarían unidos por la soberanía común, superadora de la opresión absolutista y base de la igualdad de derechos de sus habitantes. Pero con el Estado liberal decimonónico, formalmente centralista, la diversidad de lenguas y culturas apenas disminuyó. Y la unidad nacional comenzó a ser cuestionada desde finales de siglo por unos nuevos movimientos nacionalistas periféricos. En las primeras décadas del siglo XX la conciencia de la gran diversidad española estaba, pues, ampliamente extendida. También entre los líderes fascistas, como vamos a ver.

Los diversos nacionalismos españolistas intentaron fundar la unidad nacional superando la diversidad de partida. Los republicanos no federalistas lo hicieron siguiendo la tradición gaditana, aunque en 1931 buscaron resolver el conflicto catalán, y luego el vasco y el gallego, mediante la autonomía regional. Para los católicos tradicionalistas, la unidad sólo podía fundarse en la fe, en la unidad católica. Sin ella España retornaría «al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectones, o de los Reyes de Taifas», como había sostenido Menéndez Pelayo. Esa unidad de fe excluía de la nación a impíos y heterodoxos, pero era perfectamente compatible con una amplia descentralización del poder estatal (las «autarquías» regionales de Vázquez Mella). Ortega y Gasset, por su lado, interpretó que la unidad sólo se podría mantener —construir más bien— mediante «un proyecto sugestivo de vida en común» (53). Proyecto que podía leerse en clave expansionista. Imperialista era la «España grande» formulada por Prat de la Riba, el líder de la Lliga catalana, para armonizar la pretendida unidad cultural de Cataluña con la unidad política (no nacional) de la España culturalmente diversa. Giménez Caballero bebió su concepto de nación de estas dos últimas fuentes. La unificación nacional («politique, religieuse, territoriale») por los Reyes Católicos había ido de la mano del imperio. Todas las regiones, Portugal incluida, se habían unido «autour du noyau nationalisateur de la Castille». «Cette masse régionaliste unifiée par le même idéal se lance aux conquêtes extérieures». El inicio de la decadencia del imperio en Westfalia provocó también la desagregación interior y las primeras tentativas separatistas. La na-

---

(52) Ver ÁLVAREZ JUNCO (2001) y STALLAERT (1998).

(53) MENÉNDEZ PELAYO (1945): 558. VÁZQUEZ MELLA (1939): 86. ORTEGA y GASSET (1966): 56. También ÁLVAREZ CHILLIDA (1992): 999-1030.

ción española era así inseparable del imperio (54). Lo mismo pensaba el jefe de Falange, que reconocía que Cataluña y «muchos pueblos de España» tenían «características propias» de lengua, costumbres e historia:

«España no se justifica por tener una lengua, ni poseer una raza, ni por ser un acervo de costumbres, sino que España se justifica por una vocación imperial para unir lenguas, para unir razas, para unir pueblos y para unir costumbres en un destino universal;... España... es una unidad de destino en lo universal» (55).

Posteriormente, con el franquismo lo que se impuso fue una solución unificadora mucho más sencilla: la negación de la diversidad territorial, fuera de los coros, las danzas y algunos dialectos regionales en regresión. Así se impuso la unidad nacional (nacional-católica) con el más férreo centralismo, al margen tanto de las autarquías mellistas como del imperio falangista. Se trataba de una solución ilusoria, como se pudo demostrar después, que tenía como antecedentes la dictadura de Primo de Rivera y la emergencia y amplia difusión, desde comienzos del siglo XX, de una cultura popular española basada en «un folklore superficial», mucho más cercano a lo andaluz que a lo castellano. En 1927 el mismo Giménez Caballero observaba cómo el régimen de Primo de Rivera promocionaba «las fiestas populares de raigambre (toros, verbenas, romerías)» y fomentaba «un culto exaltado del flamenquismo andaluz». Cuatro años después aclaraba a sus lectores extranjeros que lo español no equivalía a lo andaluz y que «La Spagna nel suo canto e nel suo ballo (come nel suo clima, i suoi costumi, il suo paesaggio) ha come carattere fondamentale 'la diversità'» (56).

Esta diversidad, tanto para Giménez, como para Ledesma y Primo de Rivera, no impedía fundamentar la unidad española mediante un destino común en el exterior. Es decir: mediante la ascensión del país a gran potencia internacional y su expansión imperial, como expresaban los puntos 2 y 3 del programa falangista. Giménez Caballero no ocultaba las consecuencias bélicas: «La esencia de la vida es la guerra, la contienda, la lid», decía en 1933. Y a comienzos de 1939 anunciaba: «De este Ejército vencedor, al terminar la guerra saldrá el núcleo imperial que proseguirá nuestra Causa más allá de las fronteras» (57).

Pero, para Giménez Caballero, el imperio jugaba también un papel importante en la superación de la lucha de clase, su otra gran preocupación. En 1938 escribía al respecto:

---

(54) GC (1931): 282-283 y 288-289. En GC (1939): 12 y 49, describe los trece «noventa y ochos» disolventes, desde 1648 al pacto San Sebastián de 1931, cuando «El residuo de España se disuelve y pulveriza dentro de la misma España. Rey, Aristocracia, Iglesia, Ejército, Lengua, Unidad».

(55) PRIMO DE RIVERA (1971): 384.

(56) El «folklore superficial», en ÁLVAREZ JUNCO (1997): 56-57. GC (1927): 87-88. GC (1931): 251.

(57) PRIMO DE RIVERA (1971): 339-344. GC (1933): 86. GC (1939): 215. Monárquicos y tradicionalistas no compartían el imperialismo falangista, considerando sólo un imperio espiritual: ÁLVAREZ CHILLIDA (1992): 1027-1029.

«Nosotros — imperiales — no ignoramos, en cambio, que la lucha de clases es una realidad eterna en la Historia. Porque siempre ha habido débiles y poderosos, feos y guapos, tontos e inteligentes, cobardes y valientes. Y siempre existirá la lucha y el odio del miserable, del feo, del tonto y del cobarde contra el pudiente, el apuesto, el capaz y el hombre bravo. Sólo ha existido en el mundo un sistema eficaz para superar ese encono eterno de clases; y es: trasladar esa lucha social a un plano distinto. Trasladarla al plano internacional. El pobre y el rico de una nación sólo se ponen de acuerdo cuando ambos se deciden a atacar a otros pueblos o tierras donde pueden existir riquezas y poderíos para todos los atacantes... Esa expansión de pobres y ricos de un país, contra otras tierras, es lo que constituye la motivación íntima de los imperios» (58).

Pero en el tema social adquiriría un papel más destacado la política de masas del fascismo.

## 6. FASCISMO Y CAPITALISMO

En 1933, al poco del acceso de Hitler al poder, el líder sindicalista Ángel Pestaña escribía: «el fascismo... es un movimiento de masas que, pagado con el oro de los grandes financieros y caballeros de la industria, consigue poner a una parte del pueblo frente a la otra, luchando y aniquilándose entre sí» (59). Como vamos a ver, no muy diferente era la idea que se hacía del fascismo Giménez Caballero.

En el único número de *El Fascio*, de marzo de 1933, el madrileño redactó un programa político bastante más moderado que el fundacional de *La Conquista del Estado*, que buscaba atraer a los pequeños propietarios. En él sostenía que el futuro Estado fascista habría de defender a la clase obrera, pero sin excluir al capitalista, que quedaría no obstante obligado a «la producción intensiva de su capital», ni a la aristocracia, aunque se primaran las jerarquías naturales sobre las hereditarias. Una milicia civil practicaría la acción sindical y la acción directa para alejar a las masas de «toda revolución contra el orden». El embajador italiano en Madrid, Guariglia, le escribió poco después abundando en que para lograr el apoyo de los conservadores había que demostrar «la utilidad práctica de las organizaciones fascistas, esto es, trabajando efectivamente sobre los elementos obreros y agrícolas inscritos a los sindicatos socialistas y comunistas, y prestando con coraje los propios servicios en caso de huelgas u otros conflictos sociales» (60). Pero no era tarea fácil atraerse a las bases socialistas y comunis-

---

(58) GC (1939): 235, nota de 1938. En GC (1979): 68, sostendrá aún ideas parecidas: «desde que el mundo es mundo, a revolucionarios y conservadores, a capitalistas y proletarios, a izquierdas y derechas hay que ofrecerles la conquista de algo superior a lo que poseen. Pero fuera de su propio país. No hablarles de plusvalía sino de botín. Y eso se ha llamado desde siempre y se seguirá llamando Imperio. Ricos y pobres puestos de acuerdo para arrebatar las riquezas de otras tierras».

(59) PESTAÑA (1974): 198.

(60) SAZ (1986): 108-109. SELVA (2000): 236-240.

tas, enfrentándose a sus organizaciones y con el apoyo de los conservadores. A estas alturas Giménez sólo confiaba en atraerse a las clases medias y en fascis-tizar a las altas (incluso a la aristocracia).

En Giménez Caballero es donde se refleja más claramente el carácter instrumental del componente sindicalista del fascismo español. Su objetivo es atraerse a las masas populares bajo la bandera de la nación, mediante el imperio y la promesa de una reforma social bajo un Estado totalitario que disciplinase también la propiedad, y que conllevaría, se decía, enormes mejoras sociales. Quince de los Veintisiete puntos de la Falange se dedicaban a describir esa promesa de reforma, beneficiosa para los trabajadores, los campesinos y los pequeños propietarios. En noviembre de 1934, tras la revolución asturiana, Primo de Rivera declaraba a *Blanco y Negro* desde su despacho, bajo un retrato de su padre y otro, dedicado, de Mussolini: «Mientras millones de españoles vivan miserablemente, no puede 'ni debe' haber paz en España. Lo interesante es incorporar el interés de esos millones de familias al interés total de España, en vez de acorralarlos en la desesperación anárquica y antinacional» (61).

Ramiro Ledesma, tras su salida de Falange, resaltaba también el carácter revolucionario del nacionalsindicalismo. Destacaba de las JONS su «carácter decididamente antiburgués y patriótico-social». En una circular de diciembre de 1933 había propuesto «hacer una brecha en el frente obrero marxista. Es decir, conseguir el apoyo entusiasta de un gran sector de trabajadores», que junto a campesinos y clases medias, que también sufrían la crisis capitalista, constituirían las «masas nacionales» a movilizar. Ledesma (como Giménez Caballero) afirmaba que el régimen soviético no era sino el producto de una revolución nacional rusa, cuyo sistema social era «en parte monstruoso y en parte apetecible para nosotros»; lo monstruoso estribaba en su exclusivismo proletario, que dejaba fuera a las clases medias. Por ello su modelo estaba en otro lado: «Tanto en Italia como en Alemania, la expansión fascista arrebatada con frecuencia al marxismo buen número de combatientes revolucionarios». En el documento de fusión con Falange se hablaba de realizar «una revolución económica que instaure la redención de la población campesina, obrera y de todos los pequeños productores» (62).

Pero el anticapitalismo nacionalsindicalista en absoluto suponía, para Ledesma, la abolición de la propiedad privada. Incluía, sí, un inconcreto programa de nacionalizaciones y el control estatal de la economía, «sustituyendo al capital privado o valiéndose de éste como auxiliar obligatorio a su servicio, (...) sin que las oligarquías financieras fuercen o deformen esos propósitos de acuerdo con sus intereses privados». Pero subordinar a las oligarquías no significaba eliminarlas. Ledesma tampoco ocultaba el carácter instrumental del componente social del fascismo: «en España se necesita de un modo extraordinario el

---

(61) PRIMO DE RIVERA (1971): 345-347.

(62) LEDESMA RAMOS (1968): 153 y 131; LEDESMA (1939): 189 y 235; LEDESMA (1968): 196 y 154.

concurso de los trabajadores, y las juventudes nacionales *se verán obligadas...* a dar a su revolución un signo social fuerte, todo lo avanzado *que requiera esta consigna* de incorporación proletaria» (63).

El problema era que, como señalaba uno de los informes de la embajada italiana en Madrid, los Veintisiete puntos, por su ambigüedad, no servían para atraer a los obreros y jornaleros, mientras que asustaba a muchos conservadores. Para Giménez Caballero la capacidad de atraerse a aquéllos no descansaba tanto en el programa como en las cualidades carismáticas del líder, que debía ser de extracción popular e izquierdista, como Mussolini. Comentando a finales de 1933 las cualidades de los posibles dirigentes del fascismo español decía que Primo de Rivera tendría que superar su imagen de señorito (preocupación que compartía la embajada italiana); sólo Ledesma tenía, para él, «un fondo social de izquierdas, de raíz popular» (64).

Para nuestro escritor el fascismo consistía en una dictadura «izquierdista» defensora del capitalismo, como reflejaba en sendos artículos sobre la evolución del Partido Socialista, de marzo y abril de 1933. Aludiendo a sus tensiones internas, decía que si el PSOE abandonaba el socialismo democrático para defender la dictadura, se encontraría ante dos opciones: «Si se inclinaban a tolerar el capital devendrían fascistas. Y si se inclinaban a suprimirlo, comunistas» (65). Así pues, el capitalismo era lo que separaba fascismo y bolchevismo. Ya en enero de 1932 había escrito que:

«el primer fundamento del fascismo, su esencia social, es la conservación de la clase burguesa frente a la tabla rasa que de ella hizo el comunismo ruso. (...) Pero... el fascismo realizó esta conservación de la burguesía 'frente y contra la misma burguesía'. Por eso se le sometió gran parte de la clase contraria, la proletaria». Lo había conseguido «Superponiendo un mito por encima de ambas clases históricamente hostiles. El mito del Estado, el mito de lo Nacional. Para ello eligió como elemento mágico, el llamado sistema corporativo. Un *Burgués* y un *Obrero*, y por encima de ellos un *Representante Arbitral del Estado*» (66).

Llegaba a decir incluso que la burguesía italiana bajo el fascismo sólo había tenido que ceder en el terreno laboral, habiendo conservado «el Rey, la Aristocracia, la Iglesia y el Ejército», algo que la burguesía española había perdido ya bajo la república (67).

Estas sinceridades contrastaban con sus cantos a las masas revolucionarias, a los pistoleros anarquistas e incluso a la Unión Soviética. En alguna ocasión llegó a confesar: «Yo no he creído nunca excesivamente en la *rivoluzione fascista*, en cuanto *rivoluzione* de tiros y violencias. Me parece que la verdadera

(63) LEDESMA (1939): 90-91 y 134 (cursiva mía).

(64) SELVA (2000): 250. SAZ (1986): 121-123.

(65) SELVA (2000): 240-241.

(66) BÉCARUD y LÓPEZ CAMPILLO (1978): 71.

(67) «El fascismo y España», *LGL*, 121 (15-1-1932).

cosa *rivoltata* ha sido la vida jurídica y la concepción del Estado». No había habido, pues, revolución social, y su escepticismo se agrandaba cuando eran «señores respetables» quienes le hablaban de «¡*La nostra rivoluzione!*» Lo que realmente pensaba de las masas obreras lo expresó ocasionalmente en frases como la siguiente: «Los obreros del mundo —invasión de los bárbaros, vertical— ascienden en marea de infierno por las calles de hierro y cemento de las ciudades» (68). Es obvio que, para Giménez Caballero, el fascismo era el mejor dique posible para contener esas satánicas mareas.

Desengañado de las posibilidades de un genuino fascismo español, como vimos, ya en la guerra atacó con pasión a ese proletariado revolucionario que había rehusado integrarse en las banderas nacionales del fascismo, y pidió el justo escarmiento. En *Exaltaciones sobre Madrid* (1937) añoraba la perdida armonía social de la ciudad de su juventud, contraponiéndola con la que se empeñaba en resistir el cerco de las tropas franquistas, en la que todo eran crímenes, asesinatos, violaciones y hambre. Un Madrid dominado por «abominables extranjeros», pero lleno también de «hombres como bestias, azotados de frío y de furor» y «Comités de ramerías y canallas». «¡Madrid abominable de masas en chancleta!» Frente a esta realidad Giménez Caballero añoraba la ciudad de su juventud, en la que obreros, chóferes y porteros le saludaban con cordialidad. Esa armonía social era lo que ansiaba restaurar mediante el fascismo. En la república había fracasado, pero, tras la victoria sobre las masas revolucionarias y su consecuente castigo, la justicia social falangista aún podría recuperar a parte de ellos: «a los pobres de corazón, milicianos nacidos en Madrid, pan les daremos. Y les daremos más que pan, ¡justicia! Y el amor de una patria con justicia —que es más dulce que el pan— les brotará en milagro» (69).

José Antonio Primo de Rivera abandonó también durante la guerra todas sus esperanzas en la posibilidad de atraerse a la clase obrera. Preso en Alicante, temiendo por el triunfo revolucionario y por su propia vida, interpretó que el carácter destructivo de las masas se debía a su fondo racial bereber, secularmente enfrentado a la aristocracia germánica entre la que se incluía él mismo. No cabía más rotundo desengaño respecto a las posibilidades de la unificación nacional de clases que pretendía el fascismo. No podemos olvidarnos aquí de Agustín de Foxá, conde de Foxá, del círculo de poetas falangistas que rodeaban al jefe del partido, aunque de convicciones reaccionarias y monárquicas, quien en *Madrid de Corte a checa* (1938) explicaba el 14 de abril, y sobre todo la revolución de julio del 36, a partir de la mera lucha de clases. En el Madrid revolucionario «eran la autoridad los limpiabotas, los que arreglan las letrinas, los mozos de estación y los carboneros. Siglos y siglos de esclavitud acumulada latían en ellos

(68) «Documentos sobre la revolución española» y «El anarquismo en España», *LGL*, 15-2-1932.

(69) *GC* (1937): 6, 9, 15, 10 y 21. En *GC* (1938): 21 y 27, dice que hay que «hacer que los rojos de dentro y de fuera dejen de ser rojos y tornen a ser nacionales», y que Franco les ofrecerá «perdón», pero sin «borrón y cuenta nueva».

con una fuerza indomable. Aquel era el gran día de la revancha». «Algo satánico animaba a aquellos hombres... Olían a sangre, sudor y alpargatas» (70).

El régimen franquista surgido de la Guerra Civil tenía un fuerte componente ideológico falangista, sobre todo en los años de las victorias del Eje, pero que nunca pudo imponerse plenamente al nacionalcatolicismo también triunfante. El partido único, unificado por Franco, la Falange Española Tradicionalista de las JONS, tuvo que compartir las estancias del Estado con militares, monárquicos, tradicionalistas y católicos, bajo el poder absoluto de un general, no de un líder fascista. El nuevo régimen surgía, además, de una victoria total sobre la izquierda y las organizaciones obreras, implacablemente perseguidas. El proyecto fascista de movilizar a las masas trabajadoras para alejarlas de la revolución carecía ya de sentido. Aunque los líderes falangistas soñaran aún con integrarlas en sus sindicatos verticales para fortalecerse dentro del régimen. Lo que no dejó de ser un sueño. El franquismo asentaría su poder en la victoria de las derechas en la Guerra Civil y en su carácter dictatorial y represivo; en el apoyo de las clases conservadoras y católicas vencedoras y en el miedo y posterior aquiescencia pasiva de buena parte de los vencidos.

En este nuevo contexto, Giménez Caballero hablaba de convertir a las masas de obreros «rojos», pero reducía al mínimo el programa social del fascismo: «Al operario, haciéndole sentir la dignidad del trabajo como servicio». Más interés mostraba ahora por burgueses e incluso aristócratas, cuando propugnaba ampliar «la aristocracia tradicional» con «nuevos títulos de jerarquía y de rango noble ganados... en los campos de batalla y de servicio». Y cuando afirmaba: «A la iniciativa privada o capital, ayudándola en su función creadora e imprescindible, y no ahuyentándola con verbalismos de C.N.T. y con chulerías proletarias del más torpe marxismo», en clara alusión a la retórica izquierdista de Falange. Tras la guerra llegaría a sostener que aquella retórica había sido un producto de las circunstancias de la lucha en «aquel Madrid socialrepublicano y filocomunista»: «hubimos de adaptar en aquellos orígenes las consignas del enemigo», en alusión al término camarada, al tuteo y al azul obrero de la camisa.

«En rigor, lo que nosotros llamábamos entonces ‘fascismo’ era una serie de reóforos marxistas donde interpolábamos retóricamente la palabra ‘España’ o la palabra ‘Imperio’. En el fondo teníamos la misma superstición ateneísta por ‘el pueblo’ y el mismo desprecio por ‘las derechas’ que nuestros presuntos adversarios los comunistas».

Pero con la guerra todo había cambiado: «los orígenes clasistas de nuestra camisa azul lejos están y superados». Giménez Caballero prescindía así de la retórica social fascista. No los dirigentes de una Falange que aún aspiraba a monopolizar el poder bajo el caudillaje de Franco, y que aún soñaba con reforzarse atrayéndose a los obreros. Para Giménez Caballero esto habría de hacerse

---

(70) PRIMO DE RIVERA (1997). FOXÁ (1972): 1015 y 1033. Las ideas de Foxá, en CARBAJO-SA y CARBAJOSA (2003): 90 y 247.

a través del otro gran fundamento del fascismo: «La lucha de clases camina en España, a su eterna solución de imperio» (71).

## 7. REFLEXIÓN FINAL

Norberto Bobbio nos habla de un doble componente ideológico en el fascismo italiano: el conservador que diseñó el Estado totalitario teorizado por Giovanni Gentile, de la mano de Alfredo Rocco, y el radical, violento, antiburgués, que permaneció subordinado, aunque desde 1935 se impuso en la dirección de la política exterior del régimen. El primero vio en el fascismo la mejor arma disponible para cerrar el paso a la revolución obrera. Giménez Caballero, lo mismo que Primo de Rivera, y no digamos Foxá, está mucho más cerca del componente conservador que del radical. Sólo Ledesma se acerca a éste, aunque sabía que, para conquistar el poder, no sólo había que forjar una sólida base popular, sino obtener también el apoyo de los sectores sociales conservadores, como había sucedido en Italia y en Alemania. Sin que ello menoscabase en ninguno de los dos países, obviamente, el carácter fascista del proyecto, con su poder totalitario y su culto por la nación y el liderazgo carismático. Estas características del fascismo, que le diferencian del pensamiento tradicionalista y reaccionario, eran compartidas por Ledesma, Primo de Rivera y el propio Giménez Caballero. Por ello éste, pese a su conservadurismo, nunca dejó de ser un fascista convencido, sin ocultarlo, y tampoco abandonó sus ideas imperialistas, en esto radicales, apostando decididamente por la entrada de España en la guerra mundial junto al Eje. Como recalcó en sus *Memorias*, el triunfo en 1945 del sovietismo y de la democracia americana, y tras éstos, del invisible poder judío, había sido una desgracia que a la larga abocaba al franquismo a su final, falto de aliados exteriores. Ciertamente, en los años de las victorias alemanas los falangistas no podían imaginar su futuro fuera del triunfo del Eje. Luego lograron sobrevivir bajo la protección de Franco, para hundirse como fuerza política tras su muerte. Pero, además, para Giménez Caballero entrar en guerra significaba la búsqueda del imperio (que, como es sabido, el *Führer* negó al Caudillo en Hendaya, provocando así su «no beligerancia»). Y el imperio era la varita mágica capaz no sólo de aglutinar a los vencidos sino, más aún, de mantener la unidad nacional española, según vimos. La derrota del Eje sentenciaba también en este sentido el futuro de España, destinada a un nuevo y caótico ««98» o derrumbamiento nacional» tras la muerte de Franco (72).

Mucho se ha discutido sobre la relación del fascismo con la burguesía y el sistema capitalista. La identificación entre ambas que en su día hizo la Tercera Internacional no parece hoy sostenible. Los regímenes fascistas italiano y ale-

(71) GC (1938): 27. GC (1939b): 22, 23 y 36.

(72) BOBBIO (2006): 80-85. GC (1979): 18-19. Ledesma, en GALLEGO (2005 y 2005b).

mán tenían su poder concentrado en unos partidos interclasistas, con predominio de las clases medias, y sus líderes no eran ni burgueses ni terratenientes. Pero es claro que muchos elementos de las clases conservadoras ayudaron a ambos partidos en su ascenso al poder, y mantuvieron luego con los regímenes totalitarios una estrecha colaboración, con pocas fisuras hasta las derrotas en la guerra mundial. En este apoyo a los fascismos en ascenso fue decisiva su capacidad de movilización popular. Era algo que percibió en su momento Pestaña, como vimos. Pero el fascismo español fracasó estrepitosamente en esta tarea. Frente a la república y lo que se sentía como una creciente amenaza revolucionaria, los grupos conservadores optaron por la movilización de los católicos en pos del triunfo electoral, o por la vía del clásico golpe militar. Ninguna de estas dos vías requería combatir la movilización izquierdista con sus armas, como intentaron sin éxito los fascistas españoles. Y el primero de ellos fue un joven de la vanguardia intelectual que, cuando la sociedad española se politizó en contra de la dictadura de Primo de Rivera, comenzó a predicar la buena nueva que venía de Italia. Con un gran derroche de osada fantasía en sus propuestas, quién sabe si por el poso de un soterrado surrealismo, no exento de cinismo o ironía. Pero, en todo caso, con una pobre cosecha de resultados.

## 8. BIBLIOGRAFÍA

- ALBERT, MECHTHILD (2003): *Vanguardistas de camisa azul*, Madrid, Visor Libros.
- ÁLVAREZ CHILLIDA, GONZALO (1992): «Nación, tradición e imperio en la extrema derecha española durante la década de 1930», *Hispania*, nº 182, pp. 999-1030.
- (2002): *El Antisemitismo en España. La imagen del judío 1812-2002*, Madrid, Marcial Pons.
- ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ (1997): «El nacionalismo español como mito movilizador: cuatro guerras», en CRUZ, RAFAEL y M. PÉREZ LEDESMA (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, pp. 35-67
- (2001): *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.
- BÉCARUD, JEAN y E. LÓPEZ CAMPILLO (1978): *Los intelectuales españoles durante la II República*, Madrid, Siglo XXI.
- BOBBIO, NORBERTO (2006): *Ensayos sobre el Fascismo*, Bernal (Buenos Aires), Universidad de Quilmes.
- CABRERA, MERCEDES (1983): *La patronal ante la II República*, Madrid, Siglo XXI.
- CARBAJOSA, MÓNICA y P. CARBAJOSA (2003): *La corte literaria de José Antonio*, Barcelona, Crítica, 2003.
- Constitución Política de la Monarquía Española* (1812), Cádiz, Imprenta Real.
- Editorial (1988), *Anthropos*, nº 84, pp. 2-20.
- FOXÁ, AGUSTÍN DE (1972), *Madrid, de Corte a Checa*, en *Obras Completas. I*, Madrid, pp. 831-1127.
- GALLEGO, FERRÁN (2005): *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis.

- (2005b): «La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo», en F. GALLEGO y F. MORENTE (eds.), *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, págs. 253-447.
- GECÉ (1927): *Carteles*, Madrid, Espasa-Calpe.
- GENTILE, EMILIO (1995): *Il culto del littorio*, Roma-Bari, Laterza.
- (2004) : *Qu'est-ce que le fascisme?*, París, Gallimard.
- GIMÉNEZ CABALLERO, ERNESTO (1927): *Los toros, las castañuelas y la Virgen*, Madrid, Caro Raggio.
- (1931): *Trabalenguas sobre España. Bædeker espiritual de España*, Madrid.
- (1933): *La nueva catolicidad. Teoría general sobre el Fascismo en Europa: en España*, Madrid, La Gaceta Literaria.
- (1937): *Exaltaciones sobre Madrid*, s.l., Jerarquía.
- (1938): *España y Franco*, s.l., Los Combatientes.
- (1939) [1932]: *Genio de España*, Madrid, Jerarquía.
- (1939b): *Camisa azul y boina colorada*, Madrid, Los Combatientes.
- (1975) [1928]: *Yo, inspector de alcantarillas (Epiplasmas)*, Madrid, Turner.
- (1975b) [1932]: *Manuel Azaña (Profecías españolas)*, Madrid, Turner.
- (1979): *Memorias de un dictador*, Barcelona, Planeta.
- (1981) [1929], *Julepe de menta*, Barcelona, Planeta.
- (1983) [1923]: *Notas marruecas de un soldado*, Barcelona, Planeta.
- (2000) [1928]: *Hércules jugando a los dados*, Zaragoza, Libros del innombrable, 2000.
- HAMILTON, ALAISTAIR (1973): *La ilusión del fascismo. Un ensayo sobre los intelectuales y el fascismo*, Barcelona, Luis de Caralt.
- HEIBERG, MORTEN y M. ROS AGUDO (2006): *La trama oculta de la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica.
- LEDESMA RAMOS, RAMIRO (1939): *Discurso a las juventudes de España*, Madrid, FE.
- (1968): *¿Fascismo en España?*, Barcelona, Ariel.
- LILLA, MARK (2004): *Pensadores temerarios. Los intelectuales en la política*, Barcelona.
- MACCIOCCHI, MARIA ANTONIETA (1978): *Elementos para un análisis del fascismo*, vol. 2, Barcelona, El Viejo Topo.
- MAINER, JOSÉ-CARLOS (1983): *La Edad de Plata (1902-1939)*, Madrid, Cátedra.
- (1988): «Notas sobre *La Gaceta Literaria* (1927-1932)», *Anthropos*, nº 84, pp. 40-44.
- MENÉNDEZ PELAYO, MARCELINO (1945): *Historia de los heterodoxos españoles*, vol. VII, Buenos Aires, Emecé.
- MUSSOLINI (1940): *Espíritu de la Revolución fascista. Antología de los «Escritos y discursos»*, Bilbao, Ed. Vizcaína.
- NÚÑEZ SEIXAS, JOSÉ MANOEL (1992): «Nacionalismos periféricos y fascismo», *Historia Contemporánea*, nº 7, pp. 311-333.

- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ (1966) 6ª ed.: *Obras Completas*, vol. III, Madrid, Revista de Occidente.
- PESTAÑA, ÁNGEL (1974): *Trayectoria sindicalista*, Madrid, Tebas.
- PRIMO DE RIVERA, JOSÉ ANTONIO (1971): *Obras*, Madrid, Sección Femenina del Movimiento.
- (1997), «España contra bereberes», en PRIMO DE RIVERA y URQUIJO, Miguel, *Papeles póstumos de José Antonio*, Barcelona, Plaza & Janés, pp. 160-166.
- SAZ, ISMAEL (1986): *Mussolini contra la II República*, Valencia, Alfons el Magnànim.
- SELVA, ENRIQUE (2000): *Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia, Pre-Textos.
- STALLAERT, CHRISTIANE (1998): *Etnogénesis y etnicidad de los españoles*, Barcelona, Proyecto A.
- TANNENBAUM, EDWARD R. (1975): *La experiencia fascista: Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Madrid, Alianza.
- TUSELL, JAVIER y G. G. QUEIPO DE LLANO (1990): *Los intelectuales y la República*, Madrid, Nerea.
- UCELAY DA CAL, ENRIC (2003): *El imperialismo catalán*, Barcelona, Edhasa.
- VÁZQUEZ MELLA, JUAN (1939): *Mella, Guión de España. Pensamientos escogidos*, San Sebastián, Ed. Española.